

MEMORIAS, CARTAS, PAPELES INTIMOS

A veces pienso que quienes demuestran su amabilidad leyéndome con alguna frecuencia, pueden imaginarse que estoy poseído por la manía contra los libros de «memorias», que con tan anárquica vanalidad han comenzado a proliferar por nuestras tierras. Nada menos cierto. Recuerdo muy bien la deuda que contraí con el duque de Sanint-Simon, durante uno de esos encierros a los que los azares del vivir español nos tienen acostumbrados.

Las «memorias» del rencoroso cortesano —que con tanta tacañería entendió y trató a España— distrajerón muchas horas de mi reclusión. Gocé con su arte y su malicia, sus desahogos y sus preocupaciones jerárquicas y protocolarias. Después, andando el tiempo, cuando su fascinación me condujo a un intento de escudriñamiento y profundización, descubrí su falta de probidad, su carencia de valor científico, como ahora suele decirse. Lo que quedaba a salvo del quisquilloso aristócrata, medido por las embriagueces de Versailles, era su graciosa travesura literaria y sus picardías de chismoso e intrigante.

La mayoría de las gentes, que por otra parte apenas lo leyeron, se quejan de que los españoles no hayan producido una obra como la Saint-Simon. Algunos, posiblemente deseosos de que se crea en su erudicción, sacan a relucir a Godoy, autor de unas plomizas «memorias» justificativas, sin encanto de ninguna clase, escritas en su melancólico destierro de París.

Casi sin querer, aunque seguramente influido por lo concluyente de la causa, acabo de aludir a lo justificativo. He ahí el gran motor, junto con la vanidad, de la poco menos que absoluta mayoría de los autores de «memorias». Los que se sueñan personajes —bien por haber disfrutado de gozosos momentos de popularidad, ya por haber ido y venido por los despachos y los salones del poder— suelen sentirse tentados a justificar sus actividades y sus actitudes. No es que ellas necesiten de explicaciones frente al común de sus conciudadanos. El correr de los días semeja una implacable máquina de olvidos. Pero la vanidad y el ansia de poner derechos los renglones que se escribieron torcidos, los dispara hacia la empresa vindicatoria de su dudoso protagonismo. Debilidades humanas, que no sólo han movido, frecuentemente, la historia, sino que han intentado escribirla al compás de sus sueños y disculpas.

Hasta ahí las cosas podrán resultar poco honestas y veraces, pero están claras. Los sicólogos han encontrado mecanismos y formulado teorías aclara-

torias, a fuerza de rebuscar por los rincones del alma. Sin embargo, lo que ahora acontece referido a la invasión de «memorias» y «diarios», es bastante más oscuro y obediente a razones casi inconfesables. En el aquí y ahora —como gustaba decir Ortega y Gasset— los libros de este género se escriben, o se montan, al gusto y estrategia mercantiles de los editores.

Apenas hay pretexto, máxime contemplado el asunto desde su vertiente comercial, para inculpar a un editor o director de periódicos o revistas por ejercer ese género de encargos. El negocio es el negocio. Lo que resulta menos comprensible es que tales solicitudes se realicen aprovechando circunstancias escandalosas, tanto políticas como de una supuesta intimidación. No me extrañaría que para estas horas ya estuvieran haciéndose gestiones con ofertas millonarias, cerca de los protagonistas de un zarandeado proceso por doble asesinato para que publiquen sus confidencias, mejor o peor aderezadas.

Porque esa es otra. Y no de naturaleza baladí. Buena parte de los autores de «memorias» nacidas de ese modo, no suelen ser capaces de hilvanar dos o tres párrafos con un mínimo de gracia y corrección. Entre interrogatorios y dictáfonos, un «negro» —que como ustedes saben es el apodo que se da a quienes redactan lo que otros firman— concluye por adobar los recuerdos y confesiones del personaje de turno. Políticos en apuros, «estrellas» a quienes hay que exprimir antes de que llegue el declinar definitivo, promocionados figurantes de algarabías de espectacularidad erótica, parientes de algunos grandes personajes hambrientos de una prestada popularidad... Toda una fauna exhibicionista y pin-

toresca, que ha aprendido que la explotación de su vanidad puede ir acompañada del beneficio económico.

No sé si a algún sociólogo del futuro se le va a ocurrir estudiar nuestra sociedad a través de esos fenómenos. Pero por si llegara a acontecer, no estará de más emitir una advertencia: aun con toda la magnitud sintomática de tales hechos, la sociedad española no está reflejada ahí; son forúnculos, llagas, abcesos, que es necesario curar.

Lo contrario de lo que representan —y equivocan— los montajes de los libros de «memorias» de efecto y la explotación ocasionales y azarosos, significan las publicaciones de correspondencias y papeles íntimos, escritos para que no vieran nunca la luz ni sirvieran para la especulación y el exhibicionismo. Claro que éstos resultan difíciles de componer, por el recato con que las personas serias acostumbran tratar sus cuestiones privadas. Por supuesto que en más de una ocasión se ha intentado falsificar cartas y notas de personajes célebres, por lo general con derivaciones —Dios sea loado— contrarias a las propuestas.

Acabo de leer un libro apasionante que encuadra rigurosamente con los segundos a los que concluyo de aludir. Recogido, seleccionado y escrito por Marino Gómez-Santos, se titula «Españoles sin fronteras». Un libro no precisamente balsámico, sino acuciante y avisador. Por lo mismo más necesario de conocer por esa mayoría de españoles confiados y explosivos para quienes todas las advertencias caen en saco roto, hasta que al sentir sobre ellos la tormenta estallan en iras y delirios.

«Españoles sin fronteras» recoge con documentación de pri-

mera mano correspondencia conservada, declaraciones propias o de familiares, las vicisitudes del exilio, especialmente de los días de nuestra contienda civil, de siete grandes intelectuales españoles, cuya enumeración, por el orden que nos los presenta Gómez-Santos, ahorra adjetivos y juicios de valor. Gregorio Marañón, Claudio Sánchez Albornoz, Azorín, Ramón Menéndez Pidal, José Ortega y Gasset, Ramón Pérez de Ayala y Pío Baroja constituyen esta eximia constelación de nuestra inteligencia, más allá de gustos y partidismos. Una inteligencia que —aparte tardíos y muchas veces convencionales reconocimientos— les valió para atraer los zurriagazos y hostigamientos de la tradicional y afilada envidia española.

Marino Gómez-Santos —hombre de larga y acinada pluma— nos despliega una serie de cuadros de punzante y dolorosa ejemplaridad. El calvario es duro. Y cada uno de ellos refleja sus malandanzas, desde la hora en que van decidiendo poner en práctica la idea de abandonar Madrid, ardiendo por la guerra y la revolución, además de la necesidad de huir de los personales y amenazadores acosos.

Las páginas dedicadas al calvario de Ortega y Gasset están impregnadas de un intenso patetismo. La figura del gran filósofo se agiganta —si aun fuere posible su crecimiento— por la dignidad y nobleza con que afronta las calamitosas circunstancias. Enfermo, peregrina de un lado para otro para recomponer su precaria situación económica. Despojado de su cátedra por el Gobierno establecido en Valencia, busca la manera de lograr recursos que le permitan vivir a base de conferencias y colaboraciones en el extranje-

ro en tanto le llega algún dinero. Gómez-Santos adereza el dramatismo de algunas situaciones con el contrabalanceo conmovedor de las privaciones íntimas. El afecto, acaso sin pretenderlo, resulta más emotivo cuando Ortega y Gasset, siempre tan atildado, escribe a su mujer diciéndole: «El traje que llamo gris se ha roto más, al lado de aquel deshilachado que me arreglaste. Así que estoy imposible». O cuando le comunica: «Que me compré un impermeable-gabardina en Bayona. No está muy bien, pero me hace el avío».

Las principales angustias y amarguras —por encima de las estrecheces y privaciones— se las provocan a los siete las inquietudes y preocupaciones por el destino de España, por la contemplación de su ensangrentado desgarramiento. Es curioso constatar que, para todos ellos, fue Marañón, con su gran humanidad, un verdadero paño de lágrimas. A él recurrían, con sus distintos talantes e idiosincrasias, principalmente en busca de consejo, sin defraudar jamás.

No es posible seguir capítulo a capítulo el libro de Gómez-Santos. Aunque sí es recomendable detenerse en el dedicado al autor de «Belarmino y Apolonio», donde un Pérez de Ayala distinto aparece enfocado bajo luces lejanas a las que convencionalmente se repiten sin conocimiento de causa.

Dejémonos de recibir con malsanos apetitos tanto libro de «memorias», compuestas para servir al gusto por el pequeño escándalo o la demagogia de ocasión. Y ayudemos, como contrapartida, a que crezca la afición por penetrar en la realidad de las angustias de nuestros personajes representativos, con la objetividad que rebosa «Españoles sin fronteras».

José María ALFARO

"HERALDO DE ARAGON" ZARAGOZA

12. Ago. 1983